VICENTE MOLINA FOIX

"PASÉ DE ESTAR EN LA INOPIA A SER UN **LIBERTINO**"

En el juego de la literatura (que no es un juego) ha habido personajes que han ido en busca de su autor (le pasó a Unamuno) y autores que se han llevado a sí mismos al escenario del relato. En su última novela Vicente Molina Foix hace lo segundo.

ÁNGEL VIVAS

Ese recurso de desdoblamiento del autor-narrador en protagonista está subrayado en *El joven sin alma* (Anagrama) por el uso peculiar de las personas del verbo: "No está aún preparado para descubrir nada dentro de mí, y lo que más se parecería a un diario íntimo de aquella época es la dichosa agenda donde apunta y puntúa... las películas que veo" (pag. 141).

Ese desdoblamiento me ha recordado el que Gil de Biedma (doblemente aludido en la entradilla) hace en su poesía.

Uno no se pone a hacerlo de modo deliberado. Esto viene de que, después de *El abrecartas*, en la que no hay ninguna voz narradora, y de *El invitado amargo*, en que están las voces de dos personajes hablando de ellos mismos en otro tiempo, intentando recuperar lo que fueron, en ésta, que tiene que ver con las anteriores, quería hacer una especie de recuento de una vida, algo como una novela picaresca; y en un momento determinado se me ocurrió que la voz narradora tuviera una autoridad y una presencia distintas a las del mero narrador. Lo intenté, lo deseché y me di cuenta de que no funcionaba de otro modo, que tenía que ser así. Se trata de hacer de Vicente Molina el personaje. Eso me dio una enorme flexibilidad para hablar de alguien –que soy yo– como uno más del grupo de los seis que protagonizan la novela. De modo que, al final, doy voz a dos personajes del grupo y a mí mismo poniéndome a su altura. Porque no hubiera sentido la necesidad de escribir una novela si no hubiera habido esa unión en el grupo.

"Lo real está tomado como fábula. Hay quien me sugiere que escriba mis memorias, pero estoy más entretenido con estas novelas documentales"

El grupo –desvelemos lo que no será un secreto para casi ningún lector– es el formado por el citado Vicente (Molina Foix), Ramón (Terenci Moix), Pedro (Gimferrer), Ana María (Moix), Guillermo (Carnero) y Leopoldo (María Panero). Es decir, la sección juvenil, la 'coqueluche', de los nueve novísimos poetas de la clásica antología de José María Castellet, con la ausencia de Félix de Azúa y el añadido de Terenci Moix.

Dada la fuerte presencia de esa historia real, a muchos les costará leer el libro como una novela.

No me importa mucho. El fondo real era más evidente en *El invitado amargo*, que, aun así, salió en la misma colección de narrativa. Aquí todo, excepto alguna cosa concreta de las cartas que reproduzco, está inventado, o recreado. En el episodio con Cela sólo hay un núcleo real, que es la dedicatoria de los libros; el resto es inventado. En lo referido al grupo de jóvenes no se dieron las sesiones tal como se cuentan, ni había un examen para acceder al grupo. He querido hacer novela, no contar un episodio historico, ni siquiera generacional seco. Por eso tampoco importa que algún lector no sepa quién es cada personaje.

Como tal novela, sería de formación.

Sí, esta claro; la de un personaje que se forma al lado de otros que le ayudan a formarse, y cuya formación también se cuenta. Es un grupo al que la llegada de algún elemento nuevo le removía las aguas. Y en el que algunos, como Pedro, junto con una cabeza privilegiada, tenía un punto de disparate que sigue teniendo y me gusta mucho. Eso es lo que he querido contar.

Abona ese carácter novelesco y no memorialístico el que se queden fuera algunos hechos históricos, como la famosa manifestación de febrero del 65 que les costó la cátedra a Aranguren, Tierno y García Calvo.

Así es. Sale otro episodio real, aunque también es una escena de novela: el encierro en la facultad que fue disuelto por los *grises* que entraron a caballo, y las consecuencias que tuvo. Lo real está tomado como fábula; no hago memoria ni historia. A esta edad, ya hay quien

VICENTE MOLINA FOIX

"PASÉ DE ESTAR EN LA INOPIA A SER UN **LIBERTINO**"

En el juego de la literatura (que no es un juego) ha habido personajes que han ido en busca de su autor (le pasó a Unamuno) y autores que se han llevado a sí mismos al escenario del relato. En su última novela Vicente Molina Foix hace lo segundo.

ÁNGEL VIVAS

Ese recurso de desdoblamiento del autor-narrador en protagonista está subrayado en *El joven sin alma* (Anagrama) por el uso peculiar de las personas del verbo: "No está aún preparado para descubrir nada dentro de mí, y lo que más se parecería a un diario íntimo de aquella época es la dichosa agenda donde apunta y puntúa... las películas que veo" (pag. 141).

Ese desdoblamiento me ha recordado el que Gil de Biedma (doblemente aludido en la entradilla) hace en su poesía.

Uno no se pone a hacerlo de modo deliberado. Esto viene de que, después de *El abrecartas*, en la que no hay ninguna voz narradora, y de *El invitado amargo*, en que están las voces de dos personajes hablando de ellos

"Lo real está tomado como fábula. Hay quien me sugiere que escriba mis memorias, pero estoy más entretenido con estas novelas documentales"

mismos en otro tiempo, intentando recuperar lo que fueron, en ésta, que tiene que ver con las anteriores, quería hacer una especie de recuento de una vida, algo como una novela picaresca; y en un momento determinado se me ocurrió que la voz narradora tuviera una autoridad y una presencia distintas a las del mero narrador. Lo intenté, lo deseché y me di cuenta de que no funcionaba de otro modo, que tenía que ser así. Se trata de hacer de Vicente Molina el personaje. Eso me dio una enorme flexibilidad para hablar de alguien –que soy yo– como uno más del grupo de los seis que protagonizan la novela. De modo que, al final, doy voz a dos personajes del grupo y a mí mismo poniéndome a su altura. Porque no hubiera sentido la necesidad de escribir una novela si no hubiera habido esa unión en el grupo.

El grupo –desvelemos lo que no será un secreto para casi ningún lector– es el formado por el citado Vicente (Molina Foix), Ramón (Terenci Moix), Pedro (Gimferrer), Ana María (Moix), Guillermo (Carnero) y Leopoldo (María Panero). Es decir, la sección juvenil, la 'coqueluche', de los nueve novísimos poetas de la clásica antología de José María Castellet, con la ausencia de Félix de Azúa y el añadido de Terenci Moix.

Dada la fuerte presencia de esa historia real, a muchos les costará leer el libro como una novela.

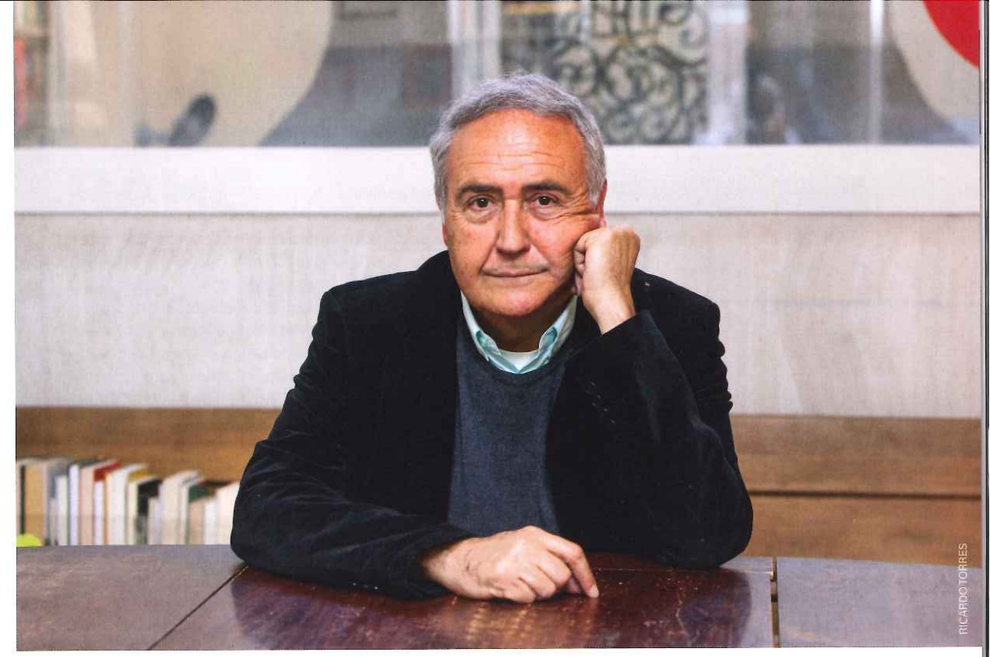
No me importa mucho. El fondo real era más evidente en *El invitado amargo*, que, aun así, salió en la misma colección de narrativa. Aquí todo, excepto alguna cosa concreta de las cartas que reproduzco, está inventado, o recreado. En el episodio con Cela sólo hay un núcleo real, que es la dedicatoria de los libros; el resto es inventado. En lo referido al grupo de jóvenes no se dieron las sesiones tal como se cuentan, ni había un examen para acceder al grupo. He querido hacer novela, no contar un episodio historico, ni siquiera generacional seco. Por eso tampoco importa que algún lector no sepa quién es cada personaje.

Como tal novela, sería de formación.

Sí, esta claro; la de un personaje que se forma al lado de otros que le ayudan a formarse, y cuya formación también se cuenta. Es un grupo al que la llegada de algún elemento nuevo le removía las aguas. Y en el que algunos, como Pedro, junto con una cabeza privilegiada, tenía un punto de disparate que sigue teniendo y me gusta mucho. Eso es lo que he querido contar.

Abona ese carácter novelesco y no memorialístico el que se queden fuera algunos hechos históricos, como la famosa manifestación de febrero del 65 que les costó la cátedra a Aranguren, Tierno y García Calvo.

Así es. Sale otro episodio real, aunque también es una escena de novela: el encierro en la facultad que fue disuelto por los *grises* que entraron a caballo, y las consecuencias que tuvo. Lo real está tomado como fábula; no hago memoria ni historia. A esta edad, ya hay quien



me sugiere que escriba mis memorias, pero, de momento, estoy más entretenido con estas novelas documentales.

Con todo, es difícil eludir lo autobiográfico. ¿Es cierto que vio 'Marnie, la ladrona' dieciocho veces en quince días? Eso, más que cinefilia, es cinefagia.

A lo mejor fueron diecisiete días, no sé, pero es verdad. Hay que pensar que entonces existía la sesión continua, que te permitía ver dos o tres veces seguidas la película. Sí, quizá era cinefagia; yo llevaba cuadernos con notas sobre las películas, aunque no escribía durante la proyección, como hacía, por ejemplo, Miguel Marías, con un bolígrafo con linterna.

En esas valoraciones Ramón suspende a 'El acorazado Potemkin', poniéndola por debajo de 'Maciste, el coloso' y 'El último cuplé'.

Eso es verdad, pero yo no comparto la valoración. Éramos locos del cine. Yo lo he mantenido junto con Pedro; seguimos hablando de cine con el mismo disparate y las mismas manías de la juventud, hablamos con una fidelidad que sólo se tiene de joven. Aquellos años fueron la edad de oro de la cinefilia. El cine no les gustaba a todos los intelectuales y nosotros lo vivíamos como una pasión semiclandestina, éramos como una secta rara. Había algo delirante, y esa atmósfera delirante en el cine, el amor y los descubrimientos literarios es lo que he tratado de reflejar.

"El amor loco al cine me quitaba el deseo de amar", dice Vicente.

Es una manera simplista de decirlo. Pero a ese joven sin alma le cuesta amar y le cuesta dejar otras cosas para amar. El Vicente de la novela era un chico muy pacato, un beato, muy creyente, muy sacrificado...

¿Llevaba usted cilicio como él?

Sí, eso también es verdad. Era muy torpe, ajeno a los chicos del colegio, cerrado en sí mismo. Y, de repente, pasó a descubrir el cine como una fiebre junto a la gente de *Film Ideal*, y vive la llegada de Ramón y luego de Pedro; y empecé a descubrir cosas, y pasé de estar en la inopia a ser un libertino; conocí a unos amigos que me dieron lecciones de ópera, de música, de pintura, de literatura. Fue tal cúmulo de sensaciones nuevas que era muy difícil vivir eso y, a la vez, cumplir en los tres ámbitos de la militancia política, el amor y el cine, sobre todo en el que más exigencia tenía, que era el amor. Ramón era muy comprometido con el amor, era un gran amador.

"A ese joven sin alma le cuesta amar y dejar otras cosas para amar. El Vicente de la novela era un chico pacato, beato y muy sacrificado"

Hipersentimental, como se dice en la novela. Y él y Pedro "dos seres superlativos".

Para mí eran así. Pedro era, como lo llama Ana María, el Jefe de la Banda. Y tenía una cosa que sigue teniendo, una memoria textual impresionante; se sabe libros enteros de memoria.

Y Ana María, pese a las apariencias, tenía magnetismo.

Sí, así era. Tenía más humor del que la gente pensaba y pese a reconocerse atormentada y triste. Pero tenía un poder de seducción muy notable, llegó a trastornar a estos personajes tan consistentes; y ganaba mucho en la distancia corta. Ella llevaba manifiesto un sentido de pérdida que, ahora, con los años, está presente en el libro.

En un momento, Vicente explica sus propósitos de nueva vida –no ser rojo las veinticuatro horas, no ser homosexual plenipotenciario, amar el cine, leer novelas– en los que la cultura queda por encima de la política y del amor.

Eso está escrito por mí ahora. Con el paso del tiempo, que lo atempera todo, no puedes ser nada veinticuatro horas. Pero esa declaración la suscribo ahora.

¿Sigue necesitando maestros, como le pasa al Vicente de la novela?

Sí, pero ahora me da vergüenza pedirlo. Tengo la condición de perpetuo alumno, de aprendiz. Sigo aprendiendo de gente mayor, como Luis de Pablo, pero también de gente joven. Por mi edad, puedo enseñar cosas, pero mi verdadero deseo es el de aprender. Aparte de los libros, las conversaciones, aprendo de la gente que cuenta bien, como me pasó con Rafael Azcona, García Hortelano o Carlos Casares. Yo siempre estoy con las antenas puestas, y eso me hace creer, estando en la edad de poder enseñar algo, que puedo aprender mucho todavía.